V. 7.—*Quia apud Dóminum misericórdia:*

Porque es de Dios abundante
la misericordia amable,
y su bondad adorable
es de Padre el más amante:
Al alma sigue constante,
la busca en toda ocasión,
cuando la halla, el corazón
le dá porque sea dichosa,
y todo porque copiosa
es en él la Redención.

* *et copiósa apud eum redémptio.*

V. 8.—*Et ipse rédimet Israel:*

Redimirá de contado
de la esclavitud á Israel,
si presta su querer él,
y aborrece su pecado:
Hayan sus culpas llegado,
discurriendo por edades,
y sín cuento sus maldades,
á las arenas del mar,
el Señor ha de borrar
todas sus iniquidades.

* *ex ómnibus iniquitátibus ejus.*

Jornada cazón

ITINERARIO

DE

PARIS A JERUSALEM,

ESCRITO POR EL

Pbro. Ildefonso Portillo.

EN EL AÑO DE 1882.

SEGUNDA EDICION.

LEON
IMP. DE LEOPOLDO LÓPEZ.
2.ª de San Miguel Núm. 58:
1900

SR. VICARIO CAPITULAR

Queriendo satisfacer el deseo que muchas personas piadosas me han manifestado, de tener noticias del estado que actualmente guardan los Santos Lugares de la Palestina, he escrito un cuaderno titulado "Itinerario de Paris á Jerusalem;" y deseando imprimirlo, ocurro á V. S. para que prévia su aprobacion, se sirva, concederme para ello su superior permiso.

Por tanto, ruego A V. S. se digne acceder á mi solicitud, en lo que recibiré gracia y favor.

León, 28 de Marzo de 1882.

Sr. Vicario Capitular.

Ildefonso Portillo.

León, Marzo 28 de 1882.

Pase á la censura del Sr. Prebendado D. José Maoía Velazquez. El Sr. Vicario Capitular así lo decretó, mandó y firmo.

M. f. *Dr. Zúñiga.*

José M. de Yermo Parres,
Pro-Secretario.

SR. VICARIO CAPITULAR.

En cumplimiento del superior decreto que antecede, he leído con la debida atencion el manuscrito á que se refiere y nada encuentro en él que se oponga á la fé ó á la morál; antes bien creo que su lectura será muy útil á los fieles por citarse en él los pasajes bíblicos que tuvieron lugar en los puntos de la Palestina visitados por el autor Por lo que, soy de parecer que puede V. S. dar su superior licencia para que se imprima dicho manuscrito, salvo su muy acertado y recto juicio.
Dios Ntro Señor. guarde á V. S. muchos años.

José M. Velazquez.

Leon, Abril 24 de 1882.

Visto el anterior dictámen: concedemos nuestra licencia para que se imprima el Itinerario á que se refiere; con calidad de que no vea la luz pública, sin que préviamente sea cotejado el impreso con el original por lo mismo Sr. Censor. Así el Sr. Vicario Capitular lo decretó, mandó y firmó.

M. f. *Dr. Zúñiga.*

José M. de Yermo Parres,
Pro-Secretario.

I.

Apenas comenzaban á brillar sobre mi frente los primeros rayos de la razón, cuando ya deseaba con anhelo tener la imponderable dicha de ver con mis propios ojos, y tocar con mis manos, aquellos sitios venerados del mundo, que á la Magestad de Dios plugo elegir para que fuesen testigos inmediatos de las obras de su Hijo divino, cuando llegada la plenitud de los tiempos, se revistiese de la carne mortal; aquella tierra, que fué asombrada con los estupendos prodigios de este Hombre-Dios, en la cual enseñó las prácticas de la mas sana moral, y la que por último, quiso santificar, padeciendo contradicciones, oprobios y tormentos y regándola con su santísimo sudor y preciosísima sangre.

Esta tierra bendita era la que deseaba visitar; por la cual suspiraba; y en esto cifraba una de mis mayores dichas en la

vida. Mas, éste Dios misericordioso, que cual tierna madre, como lo llama la Escritura, se complace en contentar à sus hijos, estaba dispuesto á concedérmelo.

Llegó el día, que la Providencia divina destinaba para que realizara este mi deseo; y al efecto, sabiendo que un amigo mio partía para Europa, creí que debía de aprovechar esta oportunidad, tanto porque era el mejor tiempo de embarcarse, por ser el mes de Marzo, como por llevar un buen compañero y amigo

Así lo manifesté á mis buenos padres, é inmediatamente accedieron; lo mismo sucedió con mi ilustre y santo Prelado el Ilmo. Sr. Sollano, de tan grata memoria. Al despedirme de él y pedir su bendición me dijo, presintiendo su próxima muerte. "Anda hijo; pero ya no me volverás á ver." Estas palabras me impresionaron sobremanera, y efectivamente fué la última vez que lo ví, pues murió á los tres meses, con la preciosa muerte de los justos.

Con la licencia de mi Prelado todo se allanó

El día 7 de Marzo del año de 1881, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Angélico Doctor Santo Tomás, partí de mi Ciudad natal á las seis de la mañana; llegué

à Irapuato á las cuatro de la tarde; allí me reuní con mi compañero, para seguir otro día juntos nuestro viaje hasta llegar à Paris, que fué el 24 de Abril. (1)

Diez y seis dias permanecí en esta ciudad, capital del mundo civilizado, empleándolos en recorrerla y visitar sus principales edificios. Durante mi permanencia en ella, estuve investigando los dias en que salian los vapores de Marsella para Jafa, puerto de Palestina, con el objeto de dar por fin, el debido cumplimiento á mis deseos. Supe que el día 12 salía un vapor llamado el *Tage*, é inmediatamente comencé á arreglar mi partida. Concluido todo, me despedí de mi buen compañero, quien no pudo continuar su viaje conmigo, por dificultades que se le presentaron, y partí de Paris para Marsella, el 11 de Mayo á las nueve de la mañana. Diez y seis horas de camino de fierro ocupé en este trayecto; las que pasé muy complacido en contemplar la belleza y variedad de la campiña que se presentaba á mi vista: en unas partes, extensas praderas sembradas de trigos y cebadas; en otras, bosques espesos

[1] Como en este cuaderno, no trato sino de un Itinerario de Paris á Jerusalem, no me ocupo de dar una relación de las demás ciudades de mi tránsito.

formados de corpulentos árboles; más allá, graciosos jardines á manera de parques, donde las flores ostentaban toda su belleza, á lo léjos, pintorescas colinas rodeadas de arboledas, y coronadas de vistosos edificios á manera de baluartes: estando todo este panorama adornado con primorosas casas de campo, que daban á este espectáculo más realce y hermosura Arrobado estaba con esta vista, cuando la noche se dejó ver, extendiendo sus negras alas y ocultándolo todo. Era la una de la mañana cuando llegué á Marsella; é inmediatamente fuí conducido á un hotel, cuyo dueño era un español: se me señaló mi habitación; en ella descansé un poco, para levantarme temprano, y tener tiempo de visitar la ciudad, pues el vapor debía partir á las doce del dia. Eran las siete de la mañana del dia 12 de Mayo y estaba ya en pié dispuesto á recorrer la ciudad: solo esperaba una persona que me acompañara, para que me enseñase los principales edificios. A las ocho se me presentó un intérprete, é inmediatamente salimos, contentándome con admirar solamente el exterior de los edificios, pues era muy corto el tiempo de que podia disponer

Son de llamar la atención, la catedral,

que hace más de treinta años se está construyendo, y un templo dedicado á Sr. S. José: entre los edificios profanos, la Bolsa y la casa del Gobernador. Marsella me recordaba aquella familia tan amada del Salvador, á Lázaro resucitado despues de cuatro dias de muerto, por insigne milagro, y á sus dos hermanas Marta y María, que vinieron á esta ciudad, siendo conducidas de un modo maravilloso. De aquí fué primer obispo, Lázaro, y aquí mismo alcanzó la corona del martirio.

Eran las once y media, cuando dí mi último adios á Marsella, y me diriji al vapor: á la una estaba ya en marcha, atravesando las aguas del Mediterráneo. Jamás había hecho navegación mas feliz; la mar estaba tranquila y serena; no se escuchaba sino un ligero chasquido, producido por el vapor al abrirse paso por en medio de las ondas. En las noches, la luna se dejaba ver, retratándose y plateando las aguas. ¡Cuántas noches, sentado sobre cubierta, contemplaba el sublime espectáculo que se me presentaba: por una parte la inmensidad de los cielos sembrada de multitud de astros; por la otra, la inmensidad de los mares, poblada de infinidad de peces; y al hombre pequeñito, colocaod en medio de aquellas dos inmensidades; pero á pesar de su

pequeñez, el único capaz de comprender y contemplar su grandiosidad y hermosura; el único, que por su inteligencia le era dable el levantar la voz y prorumpir en alabanzas al Creador. Yo en nombre de estas criaturas insensibles è irracionales, exclamé. *Bendigan los cielos al Señor: bendigan los mares y los rios al Señor. Benedicite, Coeli Dómino: Benedicite mária et flúmina Dómino.* (1). ¡Qué grande es el hombre por su inteligencia! Ella le hace superior en la gerarquía de los seres visibles, y por ella ha sido constituido, la obra mas perfecta, despues del ángel, que ha salido de las manos omnipotentes del Señor. Yo abismado en tanta grandeza al verlo dominar el terrible elemento del agua, no pude ménos que esclamar con el Profeta "Señor, ¿qué es el hombre para que os digneis acordaros de él? ¿Qué es el hijo del hombre para que os digneis visitarle? Es el ser privilegiado á quien, aún dándole una naturaleza, un poco inferior á la de los àngeles, habeis revestido de honor y de gloria, puesto que lo habeis coronado rey de las obras de vuestras manos. Todo lo habeis puesto bajo sus plantas: los bueyes, las ovejas y los cuadrúpedos de la tierra, así como los pájaros del cielo y los peces del mar y cuanto cruza el mar en todas sus dimensiones. ¡Oh

(1) Dan. 3.

Señor, oh Señor nuestro, cuán admirable habeis hecho de este modo vuestro nombre en toda la tierra! (1)

Çuantas otras noches me ponía á considerar los inminentes peligros del mar, y me decía á mí mismo: pues ¿qué otra cosa es este mundo, sino un mar inmenso? y ¿qué es nuestra vida, sino una navegación peligrosísima? ¿Acaso no está uno expuesto á la mudanza de la fortuna, como lo están los navegantes á la de los vientos? Y al modo que encrespándose las olas del mar, dividiéndolo en montes y valles, suben las naves hasta parecer introducirce en las nubes, y luego bajan hasta lo profundo del abismo: así tambien el hombre, alternàndose la fortuna, próspera ó adversa, suele subir á la cumbre de la mayor grandeza y bajar à veces al abismo de la mayor miseria. Y ¿quién no vé aquí, un inminente peligro de que naufrague y se pierda su alma? porque la prosperidad regularmente entraña la soberbia, y la adversidad, amedrenta á veces el alma, que desfallece y muere al rigor de la enfermedad de la culpa. *Anima eorum in malis tabescebat.* ¡Cuántas épocas hay en la vida, en que tiene uno que exclamar con los discípulos en el lago de Tiberiades "*¡Señor, sálvanos, que perecemos!*"

(1) Salmo 8.

Ocupaban pues mi ánimo, diferentes reflexiones, al atravesar la inmensidad del Mediterráneo; pero para no extraviarme de mi principal objeto, baste lo dicho.

II.

Eran las seis y media de la mañana del dia 18 de Mayo, cuando llegué á Alejandría. Como el vapor tenía que permanecer tres dias anclado, aproveché la oportunidad de conocer á la que fué en otro tiempo el emporio de las ciencias. Esta ciudad, conocida en la antigüedad con el nombre de *Rhacotis*, por ocupar este lugar, fué reedificada por Alejandro el grande, de quien tomó su nombre. Para su construcción hizo llamar al célebre arquitecto Dinócrates, que ejecutó el plano con esmerado gusto; su figura era ovalada y su circuito contaba quince mil pasos. Cuando los romanos dominaron el Oriente, Alejandría vino á ser una segunda Roma; pero superaba á èsta en la sabiduría, riqueza y comercio. Dividiáse ésta ciudad en cuatro cuarteles,

separados por espaciosas calles, en cuyo centro habia una grandiosa plaza, desde la cual, se contemplaban los dos grandes puertos con que la naturaleza la habia favorecido.

Los alejandrinos tributaban sus adoraciones á Amón, que se interpreta Júpiter, y á Serápides, que tenía la figura de buey. El suntuoso templo de estas divinidades, se encontraba situado en el mismo lugar en que hoy se levanta la columna llamada de Pompeyo. Su escuela, fundada por Tolomeo Soter, fué el modelo mas acabado de todas las sabias asociaciones que se formaron sucecivamente. En ella florecieron Eratóstenes de Cirene y Ptolomeo de Pelusio, dos de los más célebres geógrafos de la antigüedad.

Apareciendo el cristianismo, apareció tambien con él aquella escuela de hombres, que, más grandes aún que los primeros, conocieron perfectamente, que el entendimiento humano es una potencia universal, de una capacidad casi infinita que, no pudiéndose saciar con el cono-